

FRANCISCO SERRANO

SUBSTANCIA DE UNA SOMBRA

Him who is the substance of his shadow.

James Joyce

MAMA, YOU BEEN ON MY MIND

Ven a ver, allá abajo, el mar,
el alba que entra en la bahía: tenue
fulgor, tenue pulsión creciente
de las aguas, espuma y brisa rápidas,
olas de jade y níquel,
un cuenco verdegrís,
como tus ojos.

Cuenco de aguas amargas.

Después de muerta regresó en un sueño,
el cuerpo carcomido brotando de lo oscuro,
parda mortaja suelta hecha jirones,
helada y rígida
esperando las llamas,
esperando que la hija volviera de su viaje
para entrar en la gloria del horno
¿cuántos días?

Un olor a cenizas mojadas.
(Pudiste haberte arrodillado).

Un espejo, un collar
de corales en el cajón, y hierbas:

hojas de toronjil, romero, salvia,
ramas de ruda.

Y un retrato
requemado en los bordes
sobre la cama.

¿A dónde, a dónde vas?

Tenía abierta la puerta,
quería oír la música.
De niña redactaba en su cuaderno
precisas descripciones
de las cosas que le gustaban;
animales, objetos, sitios, caras.

Decía que para ella
ésa era la mejor
manera de guardarlas.

No sabía
dibujar, jamás aprendió.
Su torpeza era tal que si intentaba
figurar una casa
en medio de un jardín,
todo el mundo veía
a un pájaro en su jaula.

¿Dónde está ahora?

Había puntos de ansiedad en sus ojos,

gotas de angustia, tosiendo en la cama,
exhausta por la falta de aire.

Podrías haberte arrodillado.

Madre, madre, qué pronto te dejé.

Un cirio, ojos vidriosos,
una cama deshecha junto a un muro líquido.
Gotas por la ventana abierta.

Mar ensombrecido.

Ay,

yo también moriré.

Llamita a la intemperie,
la costa se proyecta mar adentro
como tantas mañanas
en que todavía estabas aquí.
En el sueño tu aliento
viene sobre mí: ojos
verdegrís, viendo desde el más allá
de la sombra mortal.

Ahora, déjame vivir,
luz del sol, alma mía.

Adiós, adiós, adiós.

Que no te desconsuele
el amargo misterio del amor.

Pálidas palabras temblando,
pálida luz de plata
inundando la brillante bahía,
pies de oro sobre las olas,
blanco pecho del mar,
blancas olas sobre la marea.

Y una voz, una voz oída desde el mar.
Cruel química de estrellas.

Aquí estoy.

MAR DE FONDO

Viento en la cresta de las cosas, viento
de sinsabor, viento de humo.

Y uno con el rostro vacío

formula una pregunta

(una frase, una frase impaciente):

“¿Puede algo que nunca ha sido existir?”

Fabulado por la memoria,

un cuento, como cualquier otro,

una pura invención.

¿Qué nos queda entonces?

El pensamiento

que es el pensamiento del pensamiento.

¿Eso es lo real? ¿Lo único

tangible de la vida?

Teje, tejedor del tiempo.

No recuerdo el lugar: una colina

que se alza desde una planicie

abarrota de cadáveres.

El camino subía y bajaba.

Gritos, y una alta polvareda,

trote de caballos oscuros,

sudor y polvo, el temblor de la tierra.
Tumulto de voces amontonadas.
Y un general, militar de carrera,
 arengando a sus tropas
(cualquier general, no importa a qué tropas).
Todo por el amor de Dios.
Repique de campanas.

Defender la realeza de Cristo.
¡Dios, Patria y Libertad!
¡Qué caray! ¿Y tú qué piensas hacer?
Oigo la ruina del espacio,
vidrios rotos y muros derrumbándose,
estrépito de balas, estallidos.
Otro agarre como éste y nos acaban.
Aplastados, exhaustos.

Una bandada de tordos pasó
 cruzando el cielo vacío
y se perdió en los cerros.
(Los vio o no los vio, porque el sol
¿o era la luna? le daba en los ojos.)
En las llanuras del Bajío
fango, ruido de guerra,

vómito de muerte de los que caen,
clamor de hierros rotos, ráfagas,
bayonetas en las tripas ensangrentadas

¿de cuántos? Y un clamor:

¡Viva la Iglesia! ¡Viva Cristo Rey!

Tinieblas brillando en la claridad,

en una claridad

que la claridad no podía comprender.

Venimos de esas turbas. ¿Luego, qué?

Matar en el nombre de Dios.

Resplandece, sombría alma del mundo.

Una abuela y su prole,

ancestros respetables,

vivieron ese horror.

¿Y si lo que pasó nunca hubiera pasado?

¿Es posible lo que no ha sido?,

¿puede algo que nunca ha sido existir

o sólo es posible lo que pasó,

reflejo de lo que pasa en lo que pasa?

No podemos cambiarlo.

La negrura, el enredo

y la confusión de nuestra época

raquítica y obscena,

¿naufragarán?

El alma es todo lo que es:

la forma de las formas.

¿Qué nos queda entonces?

Agravios, rencor, fanatismo,

conspiraciones, delaciones,

ejecuciones, exacciones.

No lo puede borrar el pensamiento.

La impotencia del fin,

la aflicción, la ruindad,

la disolución, la catástrofe,

el alma, el tiempo, el mundo,

¿todo vuelto una lívida

llamarada final?

La historia: una pesadilla

de la que no podemos despertar.

“¿Eso es Dios?”

Comenzó a llorar.

Su voz era secreta.

Los ojos hondos como el mar

viendo hacia el aire claro.

Eres sangre nacida de la suya,

y te llevó en sus brazos

y en su corazón. Eso es lo real.

Ramillete de lirios blancos

en su lecho de muerta.

Su sombra se extendía

sobre tu corazón, como

el trémulo esqueleto de una rama

quemándose: fue y ya no es.

¿Lo que no ha sido puede no-existir?

El viento dispersará todo.

TODAVÍA NO CUBIERTO DE ESPINAS

Por la orilla en declive
bajando hacia la playa,
pensando a través de los ojos.
Fulgor de lo visible.
Refulge el agua verdeoro,
lo diáfano en los cuerpos cabrillea.
Mañana de verano, dicha cálida.
Cierra los ojos y ve:

un puente.

¿Hacia la madre?

Fría está y no responde.

La brisa caracoleaba en torno,
quieta extensión de la costa asoleada.
Caballos en el mar:
las blancas crines de las olas
encrespándose, tropeles de espuma,
rebaños de morsas, bajeles en volandas.

Un aire de ópera en el aire, un aria
palmariamente lejos.

A este lugar solías
venir con ella.

Cintas

de espuma en fuga sobre el agua,
efímeras mantillas de la sal.
Un bote de cerveza alzaba medio cuerpo
entre la arena. Luz áurea sobre el mar .
Silba la brisa en los pedruscos.
Un roquerío áspero y escarpado:
inmóvil catarata de granito.
Piedras calvas. Y atrás
un peñasco con forma de ballena,
rocosa mole erguida. La veía
apacible y enorme
surcada de algas, ríos
de sombra verde desde la ventana.
Las olas la rodeaban, lamiéndola,
la cercaban, pueblo manso de ovejas,
trepaban sus costados,
tropel de cabras crespas,
embate de corsarios, ciudadela asediada,
una horda de piratas
con chaquetas de cuero
corriendo, encaramándose
enarbolando dagas,
dando tajos en la verdosa carne

gris de la ballena.

Un paraje

que exalta la memoria.

Ojos suaves de marchitas pestañas,

ojos de aguamarina.

Oigo a mi voz decir:

¿En que momento te perdí?

Estruendo: vehemencia de las aguas

entre sierpes de mar,

potros encabritados, rocas,

remolinos de espuma,

el agua susurrante hinchándose,

meciéndose, arremolinándose.

En copas de rocas se empoza.

A la una, a las dos y a las... ¡tres!

Cresta sobre cresta, olas y olas,

rápidos bancos de peces diminutos,

escuadrones esquivos, deslizantes,

lánguidas frondas de algas

oscuras, conchas huera.

Respiración de la marea:

urdimbre de la luna.

El pelo le flotaba en el aire contra la cara.

En un banco de arena
cercado por el agua, un perro trota
husmeando aquí y allá, buscando algo
¿perdido en otra vida?

Por la orilla de encaje
de la clara marea se detiene
y rápido olfatea
un crespó bulto negro:
el rígido cadáver de otro perro,
fiambre hinchado, caído,
arrastrado: pelaje sucio, moscas,
cráneo, costillar deshecho. ¡Hermano!
Carcasa en el borde del mar.
Rastro disperso. Arrastrando las patas,
olisqueando aquí, allá y acullá
orina largamente
sobre una piedra que no husmea
y se aleja a lo largo de la playa.

Lanchas, papeles, latas de cerveza
frondas de algas,
troncos tallados por el viento,

pulidos por las olas.

¿En qué momento nos desencontramos?,

¿en qué instante perdí las cosas que

conservaba de ti, mamá?

Y una barca atraviesa la bahía

parsimoniosamente.

Velero silencioso.

ELLA TOCABA EL ACORDEÓN

Ver las franjas del mar:
verde azul añil morado negro
resplandeciendo bajo el sol.
Enfrente un alto muro
trepado en el cerro, y las notas
de una canción, un radio,
trayendo y llevándose la brisa,
palabras desgarradas:

*¿Qué te cuesta
librarme de tanto mal?*

Una gata, la cola levantada,
frente a la rada ronda
una lata vacía de sardinas.
Flexible forma blanca,
verdes pupilas luminosas.
¿Tienes hambre, minina?
Y luego un trozo de cartón,
pardo despojo,
llega empujado por las olas.

Rápida luz tibia del sol
y una sombra dorada
corriendo, una muchacha:
su pelo rubio/lacio/suelto.
El dolor está lejos.

Risas y gritos y gotas,
abanicos de gotas.
El baño de la ninfa...
Ojos suaves mirando de soslayo,
una ondulante cabellera rubia.

Sous le pont, oui.
Simonetta, Simonetta, ragazza.

El aire libre ayuda a la memoria.

Mediodía: sol zureante.
Colinas de arena, elevándose,
fluyendo, manchones de breñas,
guijarros, troncos, algas
desparramadas sobre
la lámina del mar.

Un resplandor de gotas, aura amable.
Aureolas sobre las olas. Alas
de luces alhajadas
Frescos tramos, trozos de carne tibia.
Iridiscencias, lánguidas, rosadas: mojadas.
Labios como ascuas. Posarlos ahí,
en dulces labios leves de muchacha
o en pegajosos labios de mujer.
Farewell, my joy, for evermore.

Hace veinticinco años ya.

¿Te acuerdas?

Esa maestra de literatura,
con nombre de campesina austríaca
y el rostro de una virgen
de Zurbarán, bellísima
española de grandes ojos suaves
y susurrante voz de terciopelo.

Vos me habéis muerto.

Sin duda le gustabas: te apartó
de los otros. Severa, te sentaba
al fondo del salón en los exámenes,

“para que nadie te copiara”
(oh, discípulo aventajado),
y se paseaba morosa-mente
alrededor de tu pupitre.
Falda ajustada y clara,
pegada al cuerpo,
ciñendo la pasmosa
redondez de sus nalgas
finamente opulentas y flexibles y plenas,
más turgentes que pèrsigos,
que posaba ante ti como si nada,
como si no pensara que su proximidad
podía trastornarte,
alterar tu equilibrio,
abismarte en la más
desesperada desesperación.
(¡Y pensar que ella entonces tenía apenas 20 años!)

Escucha: el ruido de su cuerpo
pasando junto a ti,
el roce de sus medias
en los muslos repletos
que la estrechez de la falda envolvía
con una nitidez inolvidable:

schsch, schsch,
dando vueltas en torno de tu banca.
schsch, schsch.

Luego se recargaba
fina como una corza
en la paleta del pupitre
vigilando a la clase.
Y su voz que ceceaba

dulcemente decía:
“¿Cómo, no has respondido esta pregunta?
¿Te has olvidado ya?... El Poema del Cid...”

Visitaste su casa, varias veces:
te invitaba, maestra muy solícita,
a corregir con ella los exámenes
de tus celosos condiscípulos.
¿Dios mío, qué pensaba?

Preparaba un refresco,
toronja y quién sabe qué de alcohol,
que te ofrecía despacio,
dueña del tiempo: ninfa en su antro.

Tocaba el acordeón. “¿Me atarías
las correas? Aquí,

alrededor de la cintura,
delante de los brazos,
un poco más ceñido.

Me dirás si te gusta...”

Ah, te hubieras podido volver loco.

Silbaba las eses.

Y se sentaba frente a ti, dejando

que miraras sus largas piernas,

cruzándolas sin el menor recato,

mostrándote el relámpago

oscuro de las bragas

entre los blancos muslos.

Su carne olía a nenúfar...

Una gata atigrada: llama parpadeante.

Me trema un poco il cor.

Contenías el aliento.

Tócame. Manos suaves.

Ah, tócame pronto, ahora.

Voglio e non.

Amor, consiglio!

Escalones de piedra,

paredes de ladrillo bajo las altas torres,

muros fríos. Y una voz, un murmullo
insinuante siseo
enhebrando relatos.

Un siseo de serpiente, largas uñas
de guitarrista, largos pelos lacios,
el profesor de ¿música?
narraba en El Castillo,
esa ala oscura del colegio,
inquietantes historias,
relatos tremebundos
que rara vez concluía.
Proyectaba películas,
nos intrigaba
Fascinación por el misterio.

Y mi niñez se agita
en el salón de clases.
La si daren la mano...
Vorrei e non vorrei.

Who? Unreadiness. Take her now who will!

¿COMO UNA SOMBRA EN EL RINCÓN, PADRE?

Aliento sofocado, jardín de mala hierba,
turbio aire estremecido,
tolvanera en el páramo
viene ahora a inquietarme
la sombra de mi padre.
Si la carne pudiera deshacerse,
 disolverse en rocío...

Pobre papá. “No me gustan las cruces
panteoneras en la casa, no
me gusta el otro mundo”.

Apegado a la vida,
¿por qué quiso matarse?
¿No incumple con su muerte quien acorta su vida?
Acuérdate de mí, tú que acabaste
tú mismo con la tuya.
No hay escombros ni piedras ni guijarros
sobre su tumba: de pálido mármol
veteado y, un ángel
con una filacteria:
 “Voló al cielo”.

Legado de un padre suicida.
No más dolor: un tiro en la cabeza
y ya no despertar.
Un fogonazo súbito.
¿Intencional? Quizá no lo quería.
Nunca podrás saberlo.
La sangre derramada, la vida detenida.
¿Pensaría en mí, en nosotros?
Ni una carta, un recado, nada.
Para mi hijo... Nada. No. Padre, padre,
¿por qué de esta manera?
No verlo nunca más.
Solamente la foto,
que alguien tomó ¿la policía?
Huera expresión serena.

Me alegro de no haber entrado
esa noche a su cuarto: verlo ahí,
al pie de su escritorio
(¿quién se lo habrá quedado?)
tirado en un charco de sangre,
boca arriba, con los brazos en cruz...
Era domingo de resurrección.

Rómpete, corazón. Adiós, adiós.

¡Que siga rodando todo!

Laberinto de tumbas.

Calles, manzanas, lotes.

Boato de la muerte: pompas vanas.

¿Todo termina aquí?

Haz de murmullos, de pasos cansados
detrás del ataúd.

Y luego en la capilla
graves figuras silenciosas
agolpándose en torno,
en susurros, señalando: difusas
voces cascadas. Frío,
malestar, coronas de flores.

Y la alta indiferencia
erguida frente a mí.

Fragmentos de figuras, brazos, manos
suplicando en silencio, sombras
sobre el cementerio color de polvo.

Tomados de las manos

al frente del cortejo

una tarde nublada.

¿Por qué dejar la vida?

Vetustas lápidas como terrones

agrietados, desmoronándose,

deshaciéndose bajo el cielo gris.

No, el fin del viaje de la vida no es

para todos igual,

aunque nuestro destino sea

un agujero en la tierra.

Ahora, paz a tus despojos.

Ruega por el eterno descanso de su alma.

El ser que fue mi padre

yace irremediabilmente aquí

bajo tierra, pudriéndose

entre ángeles entristecidos,

cruces, columnas rotas,

criptas.

Y de una losa

descalabrada por una raíz,

una rata, obesa bola parda,

se escurre sigilosa.

ÁRBOL DE LUCES VIOLETA (SOMBRAS DEL CREPÚSCULO)

De espaldas frente al mar,
sentada en una roca
en el atardecer,
ligera y fresca oyendo
el murmullo del mar,
viendo el sol de crepúsculo.
Claros ojos gitanos
mirando el horizonte.
Una hermosa figura:
cualquiera la querría.
Una camisa azul
que la brisa levanta
Cabellos ondulantes.
El oro de la arena
hace más luminosa
la miel de su mirada.
¡Oh, la locura de la expectación!

Había recogido un caracol
que se llevó al oído
como quien habla por teléfono.
¿Qué oía? El mar: espejo

en el espejo del sonido.
Atenta escucha, atenta
ondina junto al mar.
Daría lo que sea
por saber en qué piensas.
Ella miraba el mar
y él la miraba a ella.
Sus ojos la exploraban
avariciosamente.
Estaba oscureciendo.
Él la miró otra vez.
Ella se mordió un labio.
Sus ojos se encontraron
y una luz lo invadió.
Le hacía hormiguitar las venas.

De pronto detrás de ella
un estallido cegador,
un relámpago azul,
verde, naranja, guinda,
una esfera irradiante
se desparrama en tenue lluvia de oro:
en el pueblo festejan
con fuegos de artificio.

Destellos flotando, cayendo.

¿Vas avenir conmigo?

Ella deja caer el caracol.

Shash, shash. El mar lascivo

le lame los tobillos.

¿Cuántos

años tendrá? ¿16, 17?

Una bengala asciende, asciende y cae,

un racimo de estrellas

rojas, blancas, azules.

¡Pájaros de mi juventud,

regresen! No es lo mismo.

No hay que desanimarse.

Me gusta la montaña,

me gustas tú...

Sabe que la estoy viendo. ¿Cómo?

¿Qué hace? ¿Va a cambiarse de ropa?

¡No puede ser! ¡Se desnudó...!

¡Está exhibiéndose...! ¿Qué busca?

Me tiene a su merced.

¿Qué tal que fuera coja, como aquella
muchacha en el *Ulises*? ...¡No, por Dios!
La belleza insolente no tolera el escarnio.
Me hierve la cabeza: estoy ardiendo.
Duro como una piedra.
Cada bala tiene su blanco.

Por un suave declive
a un lado de las rocas
desciende hasta la orilla.
Lleva en la mano un tronco
que el mar pulió y que ahora
en su casa le servirá de adorno.

Había piedras, pedazos de troncos
en la playa, algas resbalosas.
Con cuidado, despacio.
Veo una estrella ¿Venus?

Todo se desvanece.
Tierra mía, goodnight.

UN CANTO DE SIRENAS

Sings too: Down among the dead men.

Ulysses, 11

Suaves, seductoras palabras.

Un barco entre las olas.

Una vela, un vuelo sobre las ondas
ondulantes. Señuelo.

Vela fugitiva, regresa.

No todo está perdido ya.

Difusa luz dorada,
el viento alrededor.

Dos hermosas muchachas, ay,
el pelo a todo viento,
pelo de bronce y oro,
a todo viento, amor.

Ay, reina de los mares,
se borran las estrellas,
ya está rompiendo el alba.
Amor mío, adiós.

Y rompe el alba: un velo
sobre las ondas, ondulante.
Cuando el amor absorbe el tímpano
no todo está perdido ya.

La primera vez que te vi, ay,
el alba con rocío, alba de amor,
aljófar de rocío. Yo te vi.
No podría dejarte.

Amor mío, adiós.

No todo está perdido. Escucha:
música que resuena en lo más hondo,
en el oscuro centro de la tierra.

Amor, amor, regresa. Ven.

Se borran las estrellas.

Rompió ya el alba. Ven.

SOMBRA DE OTRA LUZ

Ven a ver la luna nueva, dijo ella.

Ah, yo era entonces más feliz, dijo él.

Creo que sí. Canturreábamos.

Está brillando, amor, está brillando

la primera luna de mayo,

dijo ella. ¿Era ése yo?

¿Quién soy ahora yo?

No podemos volver atrás:

como querer parar el agua con las manos.

¿Volver atrás?, dijo él.

El tiempo no regresa. ¿Volverías?

Porque he sentido tu alma

temblando al lado de la mía

y he dicho suavemente

tu nombre y he llorado viendo

cómo la belleza del mundo

pasaba por tus ojos.

Amoroso ma non troppo.

Tararea una canción,

te piden esos niños,

una que hable de la ciudad,

de sus acechanzas y de su tósigo,

de su condensación equívoca.

La noche no es igual afuera,

la noche entra en la noche.

¿Quién desearía tu mal?

Non jazmines con sus flores

había, nin pedrerías.

Dijo que no tardaba, dijo.

Entonces irá para allá, dije.

Ojalá que sí, dijo.

Pelo negro, falda verde, sandalias

ligeras. No hay tiempo ¿Qué hora es?

Tal vez la vida no se acaba aquí, dijo ella.

Quizá. Quizá justo en este momento

alguien piensa en tu muerte.

¿Quién lo puede saber?, dijo él.

Entonces, qué, dijo él.

La juventud se acaba, dijo ella,

todo tiene un final.

El olvido es más fuerte

que la fútil memoria.

Nadie puede recobrar el pasado:

viento que desbarata
las nubes en el cielo
del alma interminable.
¿De qué luz es esa sombra?, dijo él.

¿Te acuerdas, dijo ella,
esa tarde en la playa,
el mar junto a las rocas,
el niño que construía
un castillo de arena?
Yo me acerqué a la orilla, alcé
una estrella de mar
y la arrojé a las olas. ¿Sí, te acuerdas?
Tú creíste que era otra.

Tu mano tocó la mía, dijo él.
Tú mirabas fijamente un espejo,
alguien vio reflejarse a nuestros cuerpos
rozándose, dijo él.
Sus voces se entrecruzan y confunden.
Entonces, qué, dijo él.
¿De quién es ese cuerpo?

Es el principio del placer, dijo él.

El placer no tiene principios,
dijo ella.

¿Cuándo te perdí...?

Nada de lo que quieras
atesorar perdura.

*En un yerto prado
de cardos e ortigas...*

Un sonido sordo y hueco
en el bol de la noche.
Pasos, pasos que son de nadie.
Escucha, qué silencio, dijo él.

Y él mira en sus ojos y ve,
como una nube pasa, sin ambages,
destellar el vacío
— ¿la mueca de la muerte?
Ya no hay obstáculos, dijo él.
Adiós, amor, adiós.
Canturreaban. Ella se alejó.
Sus pasos la siguieron.

¿Que harás tú con la imagen que los muertos

han dejado en tus ojos?

Ladraron unos perros.

Arriba de sus cuerpos tembló un cielo dormido.

OJOS DE SOSIEGO AJENOS

Madrugada. Un estanque.

Un paredón en ruinas

entre árboles vetustos.

Camino,

camino delirando.

Una bruma azulosa desdibuja

los contornos del mundo.

Como hechizado me acerco a la orilla.

Mi madre está en el fondo y me hace señas.

No consigo entenderla.

Éramos, somos tan distintos.

Sólo agito las manos.

Mis labios tararean

una canción desconocida.

De pronto oigo su voz.

Sangre de mi piel, huesos de mis huesos.

(Huele, de lejos, los jazmines).

Se hace tarde, debo irme.

Hace frío...

¡Qué lejos está todo!

Irse, volver, ¿adónde?

¡Madre! ¡Madre...!

¿Podrás
volver al punto de partida?

Nada de lo que quieras
atesorar perdura.

El tiempo nos impele
y su latir oscuro dice que no duramos.

Incapaces de dar, nos estrechamos
hasta diluirnos, como la cera que se funde
en los rescoldos de un tiempo sellado.

¿Dónde te replegaste, corazón compasivo?

EN LA LUNA DE UN ESPEJO QUEBRADO

1

Vivimos un instante,
dijiste, un parpadeo:

apenas

partículas de polvo
en el aire brillante,
motas de bruma, nada.

La certeza es tan sólo
lo que empieza y acaba.

Nada de lo que existe
tiene sentido, salvo
si lo volvemos nuestro.

Vencer al tiempo y resistir,
escapar a su cauce.

¿Librarse de la muerte?

Unidos por lazos innumerables
al pasado y al porvenir
nuestro destino nos vincula
con el ser de los otros.

¿Es absurdo

entonces querer restaurar

el lazo entra las épocas?

Ese lazo está roto.

Nadie puede recobrar el pasado.

La memoria:

borrosa

tierra anegada,

ciénaga de espejismos.

Simulacros entre la niebla

obtusa. ¿Qué perdura?

Habría que creer,

tener una certeza,

ponerse bajo el toldo de un cielo protector

o al menos arrojarse

con alguna evidencia, por insignificante

o anodina que sea.

Un asidero,

requerimos de un asidero.

Un ideal, cualquier ideal,

tocar lo inalcanzable.

¡Ah, si pudiéramos ser felices!

Quizá todo esté bien.

Pero un artista, un creador,

alguien que poseído por su amor a la forma,
consciente y voluntariamente
consigue realizar algo,
y acierta al concretar
la traza de su tiempo,
el cuerpo del espíritu,
en realidad no
está comunicando nada:
sólo llena un vacío
que ya estaba en nosotros.
Por eso el público, al final,
siempre tiene razón.
(Aunque, quizá, nunca la tenga).
El artista siempre debe pagar.

2

Lo que me interesa, escribiste,
es un hombre que lleve
en sí al universo,
que lo contenga, como el cántaro
al agua de la fuente.

Ser

lo que nos sobrepasa...

Y una voz, un murmullo:

“Si muero en la deshonra,
si mi alma, incapaz de flotar,
no llegara a fundirse en el aire y la luz,
o al contrario, si acaso
se desatara un día
sobre ella el clamoroso
estrépito de la celebridad,
igual este teatro de sombras deshará
cualquier rastro que subsista de mí.
El olvido es la meta.”

Padre, habrías querido
decir una palabra más durable que el tiempo.
No, no basta. ¿Quién puede estar contento?

Morir con levedad,
encenderse, como una plegaria.
¿Es un error aquello en que creíste?

Amaste lo más vivo, padre.
No los hechos, dijiste, ni las cosas
o los rostros recuerdo,
sino el eco, la sombra
de su recuerdo en mí,
como una epifanía que se empoza.

¿El amor? Es la sombra
más vana, un suspiro, no más.
Nos levanta, como a una gavilla
en las manos del viento, nos arrastra
y nos deja caer...
De esas brasas venimos.

¿En qué piensas?

La felicidad tal vez no consista
en otra cosa que en actuar
con la certeza de que nada
va a perdurar, de que ninguna
acción, ninguna expectativa,

deseo o sentimiento
van a permanecer,
que no tenemos tiempo.
Queda poco que rescatar.

¿La vida es un error?
¡Ah!, querría poder creer,
descansar, apoyarme
en el firme soporte de alguna convicción.
Todo se desmorona.

Pero lo que has amado,
lo que entre todo y todos
tomaste como un don
irremplazable y único:
las facciones de una mujer,
los versos de un poema que sabes de memoria,
ciertos crepúsculos y ciertas caras,
el elemental pulso del amor,
lo que es de veras tuyo
nada, ni las presiones de la pasión política
ni la densa marea disolvente
de la razón envilecida
pueden arrebátártelo.

Lo que bienamas queda
y brilla en tu conciencia
como una llama inextinguible.

¿Es un error aquello en que creíste?

Deja que lo que deja dé contigo.

3

El hombre desconfía solamente
de las cosas que no puede entender.
Y sin embargo sus dudas presentes
pueden no coincidir con sus dudas futuras.
¿Quién descrea?

Mis dudas, que son sólo
una ínfima parte del tiempo,
un puñado discontinuo de luces
en la luna de un espejo quebrado,
¿son yo mismo también?

El mundo no existe sin mí, que dudo,
aunque yo soy el mundo y soy la duda.
El mundo es tiempo y yo también soy tiempo
e igual todas estas briznas de hierba
y las piedras en el vado del río
y la niebla que va cubriendo el valle
y el rumor de la tarde, son tiempo;
el guijarro que arrojé
y la onda que lo pule,
el pájaro y la lluvia,
las nubes sobre la casa
y las ruinas de la vasta abadía

donde anidan los búhos,
las losas y los ventanales,
y toda apariencia, son tiempo.

Y el raudo, incomprendible
tiempo que está llegando es también tiempo:
la luz en el jardín mañana,
el cielo sobre el patio que brillantan
las lluvias por venir,
el mar contra la playa al alba
borrando las huellas de unos caballos
que nacerán dentro de un siglo,
su factibilidad y su inminencia,
son también tiempo,
tiempo consumido.

Pues si algo es, el tiempo es:

no puede
separarse de ti.

(Yo soy su substancia y su cumplimiento.)

¿Qué harás tú con la imagen que los muertos
han dejado en tu ojos...?

El viento dispersará todo...

ÍNDICE

<i>Mama you been on my mind</i>	
<i>Mar de fondo</i>	
<i>Todavía no cubierto de espinas</i>	
<i>Ella tocaba el acordeón</i>	
<i>¿Cómo una sombra en el rincón, padre?</i>	
<i>Árbol de luces violeta (sombras del crepúsculo)</i>	
<i>Un canto de sirenas</i>	
<i>Sombra de otra luz</i>	
<i>Ojos de sosiego ajenos</i>	
<i>En la luna de un espejo quebrado</i>	